

3. La triple negación de Pedro

El último día de Jesús en la Tierra

Enlace al vídeo de YouTube con subtítulos en 70 idiomas: https://youtu.be/J0HeOB6D6_w

En las tres ocasiones en que Jesús fue negado por el apóstol Pedro, vemos una historia similar a la que muchas personas experimentan en su camino de seguimiento a Cristo. La historia de la negación de Pedro bajo presión y miedo debería traernos consuelo y ánimo. El enemigo ha engañado a muchos creyentes haciéndoles creer que han cometido un «pecado imperdonable». Por eso el Espíritu Santo inspiró a los escritores de los Evangelios a destacar la experiencia de Pedro en sus escritos, aparte de la historia principal de la crucifixión. Se supone que debemos ver que Dios está lleno de gracia, misericordia y perdón hacia aquellos que, a través de sus acciones, han negado a Cristo.

Probablemente era más de medianoche cuando Jesús fue arrestado en el huerto de Getsemaní. Juan nos dice que ataron a Cristo antes de llevarlo a través del arroyo Cedrón al palacio del sumo sacerdote, en el lado oeste del recinto del Templo. Anás había sido sumo sacerdote durante diez años, y se suponía que el cargo era vitalicio, pero el procurador romano Grato lo destituyó. El yerno de Anás, Caifás, ostentaba el título de sumo sacerdote, pero era más bien un títere de Anás (Hechos 4:6). Anás seguía siendo considerado la figura más influyente en la vida política y social de Israel. Anás y Caifás vivían en el complejo residencial del sumo sacerdote, separados por un patio. Vivían lujosamente gracias a diversos planes para hacer dinero y disfrutaban de una fuerte protección con muros, puertas, sirvientes y guardias. Examinaremos lo que registran los cuatro evangelistas para obtener una imagen completa de toda la historia.

⁵⁴ Entonces lo prendieron, lo llevaron y lo introdujeron en la casa del sumo sacerdote. Pedro los seguía de lejos. ⁵⁵ Pero cuando encendieron un fuego en medio del patio y se sentaron juntos, Pedro se sentó con ellos (Lucas 22:54-55).

Lucas, Mateo y Marcos señalan que Pedro siguió a la «gran multitud» (Mateo 26:47) a distancia. Como mencionamos en nuestro estudio anterior sobre el arresto de Cristo en el huerto de Getsemaní, participaron más de 450 soldados romanos y guardias del templo, lo que eleva el número total estimado a unas 600 personas. Después de que Jesús fuera arrestado, los once discípulos se dispersaron, pero dos de ellos se encontraron por el camino y continuaron siguiendo a la gran multitud. Lucas no especifica quién era el otro discípulo, pero probablemente se trataba del apóstol Juan. Por lo general, Juan rara vez hablaba de sí mismo. Esto es lo que escribió Juan:

¹⁵ Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Como este discípulo era conocido del sumo sacerdote, entró con Jesús en el patio del sumo sacerdote, ¹⁶ pero Pedro tuvo que esperar fuera, junto a la puerta. El otro discípulo, conocido del sumo sacerdote, regresó, habló con la criada que estaba allí de guardia y llevó a Pedro dentro. ⁽¹⁷⁾ «¿No eres tú uno de sus discípulos?», le preguntó la criada a Pedro. Él respondió: «No lo soy». ⁽¹⁸⁾ Hacía frío, y los sirvientes y oficiales se habían reunido alrededor de un fuego que habían encendido para calentarse. Pedro también estaba con ellos, calentándose (Juan 18:15-18).

Mientras Pedro seguía a distancia, acercándose poco a poco al palacio del sumo sacerdote, ¿qué tipo de pensamientos crees que tenía en mente?

Probablemente, los pensamientos de Pedro se centraban en las palabras que le había dicho a Jesús, en las que le había asegurado que no lo traicionaría y que estaba dispuesto a afrontar el encarcelamiento y la muerte (Lucas 22:33). Tenía una confianza excesiva en sus habilidades y en su carácter. Quizás pretendía demostrar que Cristo se equivocaba, ya que Jesús le había dicho anteriormente que Pedro lo negaría antes de que acabara la noche. Observe que el Señor llamó a Pedro por el nombre de Simón, el nombre que tenía antes de conocer a Cristo, como para recordarle que a menudo volvía a los rasgos que tenía antes de convertirse en discípulo.

³¹«Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. ³²Pero yo he rogado por ti, Simón, para que tu fe no falle. Y cuando te hayas vuelto, confirma a tus hermanos». ⁽³³⁾Pero él respondió: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte». ⁽³⁴⁾Jesús le respondió: «Te digo, Pedro, que antes de que cante el gallo hoy, negarás tres veces que me conoces» (Lucas 22:31-34, énfasis mío).

Simón Pedro aún no estaba preparado para la responsabilidad que Dios le iba a encomendar. Tenía demasiada confianza en sí mismo. Así pues, la pregunta que se nos plantea hoy es: ¿cómo cambia Dios nuestras vidas cuando no estamos a la altura de lo que Él nos pide que seamos? El pasaje sobre Pedro nos ayudará a comprender cómo obra Dios.

La obra transformadora del Espíritu Santo

Cuando estamos seguros de que lo tenemos todo bajo control, nos volvemos más vulnerables a los ataques de nuestro enemigo, Satanás. El apóstol Pablo escribió sobre esto cuando dijo: «Así que, si crees que estás firme, ten cuidado de no caer» (1 Corintios 10:12). Pedro sería un líder y un modelo a seguir para quienes le rodeaban, por lo que Dios tuvo que abordar su exceso de confianza sometiéndole a una prueba, una prueba que le fortalecería una vez que recuperase su dependencia de Cristo.

Este escritor ha caminado con Cristo durante más de cuarenta y ocho años y ha descubierto que Dios está trabajando constantemente en nuestras vidas (Filipenses 2:13) para transformarnos y hacernos más semejantes a Él. Pablo describe este proceso como uno que comienza lentamente y crece con el tiempo a medida que obedecemos al Espíritu de Dios. A medida que esto sucede, reflejamos Su gloria, y nuestras vidas transformadas influyen positivamente en quienes nos rodean.

Y nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos la gloria del Señor, **somos transformados a su semejanza** con una gloria cada vez mayor, que proviene del Señor, que es el Espíritu (2 Corintios 3:18).

La palabra griega *metamorphoō* se traduce al español como «transformado». Significa «un cambio de lugar, condición o forma. Transformar, transmutar, alterar fundamentalmente». En el contexto de la transformación espiritual, representa un proceso invisible en los cristianos. Este cambio ocurre durante nuestras vidas en esta era. En la situación que tenemos ante nosotros hoy, Pedro todavía estaba en formación justo antes de la crucifixión. Henry Ward Beecher lo expresó de esta manera: «La felicidad no es el fin de la vida; el carácter sí lo es». Una vez que nos convertimos en discípulos del Señor Jesús, Dios obra en nuestras vidas para moldearnos como personas de carácter, y nuestro carácter se mide por nuestras respuestas a las pruebas y dificultades de la vida.

Dios se compromete a garantizar que Pedro sea fructífero, no a través de sus habilidades, sino confiando plenamente en su Señor. Lo mismo se aplica a todos los que seguimos a Cristo.

Pedro reniega de Jesús

Mientras se mantenía a distancia, Pedro probablemente se sentía asustado. No tenía forma de saber si esos eran sus últimos momentos. Vio el poder de Jesús cuando todos los soldados romanos en Getsemaní cayeron al suelo con solo mencionar unas pocas palabras sencillas de Cristo. Seguramente se le pasó por la cabeza la pregunta: ¿por qué el Señor mostraba tal poder y, sin embargo, dejaba que los soldados lo arrestaran? ¿Por qué Cristo no huyó? ¿Por qué Jesús permitió que lo capturaran? Cuando los dos siguieron a Jesús al palacio del sumo sacerdote, Pedro reunió su valor, pensando quizás que podría ser testigo de Cristo en cualquier juicio que pudiera tener lugar.

En el palacio del sumo sacerdote, Jesús fue llevado primero a la residencia de Anás, quien comenzó a interrogar a Cristo con la esperanza de sacarle algo, específicamente para encontrar un cargo con el que acusar a Cristo en el juicio ante el Sanedrín, los setenta ancianos gobernantes. La ley exigía que al menos veintitrés miembros del Sanedrín juzgaran un caso capital, y Anás sabía que su yerno Caifás estaba reuniendo a suficientes miembros para llevar a cabo el proceso judicial. Además, la ley prohibía juzgar a alguien mientras aún era de noche.

¿Cómo lograron Pedro y Juan pasar por delante del guardia que custodiaba la puerta de los terrenos del sumo sacerdote? Se ha sugerido que Juan, un pescador de Galilea, podría haber sido el vendedor de pescado fresco de la casa del sumo sacerdote, y que así fue como los sirvientes y la familia del sumo sacerdote lo conocieron. Esto es pura especulación, pero Pedro temía ser reconocido y asociado con Jesús.

Cuando Pedro y Juan llegaron al palacio, Juan llamó a la puerta exterior del patio. Como conocía a los sirvientes, pudo entrar primero y luego regresó con una sirvienta para dejar entrar también a Pedro. Parece que los dos se separaron después de entrar. No se nos dice por qué, pero la razón podría ser que Pedro temía ser visto por Malco, el sirviente del sumo sacerdote al que Pedro le había cortado la oreja. Quizás Juan entró para escuchar la reunión de los líderes sobre los diferentes procedimientos judiciales que se celebrarían en las próximas horas. Como hacía frío esa noche, Pedro se calentó junto al fuego.

⁵⁶ Una sirvienta lo vio sentado allí, a la luz del fuego. Lo miró fijamente y dijo: «Este hombre estaba con él». ⁽⁵⁷⁾ Pero él lo negó. «Mujer, no lo conozco», dijo. ⁽⁵⁸⁾ Un poco más tarde, otra persona lo vio y dijo: «Tú también eres uno de ellos». «¡Hombre, no lo soy!», respondió Pedro (Lucas 22:56-58).

¿Qué llevó al apóstol Pedro a negar que era discípulo delante de una criada? ¿Podría ser que esta primera negación se debiera a su temor de que la joven alertara a los soldados? No podemos saber qué temores tenía en mente en ese momento. Demos crédito a Pedro por haber entrado en el patio del sumo sacerdote y haberse quedado allí un rato. Lucas nos dice que se sentó con un grupo de personas que se calentaban junto al fuego después de la primera negación (Lucas 22:55). Al parecer, la joven no creyó la primera negación de Pedro y se acercó para verle la cara a la luz del

fuego. Mateo nos informa de que la negación junto al fuego tuvo lugar delante de un grupo de personas.

⁶⁹ Pedro estaba sentado en el patio, y una criada se le acercó. «Tú también estabas con Jesús de Galilea», le dijo. ⁷⁰ Pero él lo negó delante de todos. «No sé de qué hablas», respondió (Mateo 26:69-70).

Lucas escribe que la criada miró atentamente a Pedro, que estaba sentado con los demás frente al fuego, antes de acusarlo, diciendo: «Este hombre también estaba con él» (Lucas 22:56). Su negación ante los que estaban alrededor del fuego marcó su segunda negación. Esta acusación repentina muestra cómo a menudo nos llegan las tentaciones. Le damos al enemigo una pulgada y él se queda con un pie. Le damos un pie y él se queda con una yarda. Le damos una yarda y él se queda con una milla. Debemos permanecer alerta para no ceder ni una pulgada de nuestras vidas al enemigo de nuestras almas. Probablemente, Pedro ahora temía ser descubierto y necesitaba alejarse del fuego en el patio. Mateo nos dice que se dirigió a la puerta, tratando de encontrar una salida.

⁷¹ Luego salió a la puerta, donde otra muchacha lo vio y dijo a la gente que estaba allí: «Este hombre estaba con Jesús de Nazaret». ⁷² Él lo negó de nuevo, con un juramento: «¡No conozco a ese hombre!» (Mateo 26:71-72).

Nada sugiere que los sirvientes de la casa hubieran hecho daño a Pedro. Se le dejó negar al Señor por miedo. Lucas escribió que pasó una hora entre la segunda negación y la tercera y última (22:59). En torno al momento de la tercera negación, Juan proporciona un poco más de detalle, probablemente porque él también estaba en el patio y reconoció a la persona que desafiaba a Jesús como un pariente de Malco. Los que estaban reunidos alrededor del fuego tenían ahora un testigo, lo que hizo que Pedro perdiera por completo la compostura. Juan escribió:

Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro había cortado la oreja, lo desafió: «¿No te vi con él en el huerto de olivos?». (Juan 18:26).

La presión del testigo, junto con algunos de los siervos que estaban cerca, llevó a Pedro a maldecirse a sí mismo, deseando una muerte violenta a manos de Dios si estaba mintiendo sobre su relación con Jesús:

⁷³ Al poco rato, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron: «Seguro que eres uno de ellos, porque tu acento te delata». ⁽⁷⁴⁾ Entonces comenzó a maldecirse a sí mismo y les juró: «¡No conozco a ese hombre!». Inmediatamente cantó un gallo. ⁽⁷⁵⁾ Entonces Pedro recordó las palabras que Jesús le había dicho: «Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces». Y salió fuera y lloró amargamente (Mateo 26:73-75).

Lucas ofrece una visión adicional de lo que finalmente rompió el corazón de Pedro y le hizo llorar amargamente.

⁵⁹ Aproximadamente una hora más tarde, otro afirmó: «Sin duda este hombre estaba con él, pues es galileo». ⁶⁰ Pedro respondió: «¡Hombre, no sé de qué estás hablando!». Justo cuando hablaba, cantó el gallo. ⁶¹ **El Señor se volvió y miró directamente a Pedro.**

Entonces Pedro recordó las palabras que el Señor le había dicho: «Antes de que cante el gallo hoy, me negarás tres veces». ⁽⁶²⁾ Y salió y **lloró amargamente** (Lucas 22:59-62).

Qué doloroso fue para Pedro oír cantar al gallo por segunda vez y recordar inmediatamente las palabras de Jesús de que, antes de que cantara el gallo, Pedro negaría tres veces a su Señor. En la soberanía de Dios, el momento en que Jesús fue llevado de la casa de Anás al patio de Caifás coincidió con el momento en que Pedro y Jesús oyeron cantar al gallo. Tan pronto como la tercera negación de Pedro salió de sus labios, el Señor lo miró y sus ojos se encontraron. No había acusación en los ojos de Jesús, solo tristeza por Pedro. La palabra griega traducida como «miró» (v. 61) es *emblepo*. Esta palabra describe una mirada fija, casi una mirada intensa. Esa mirada de Jesús rompió el corazón de Pedro; recordó todas sus protestas de que podría resistir en la hora de la prueba, pero en cambio, fracasó miserablemente. Salió del patio y lloró amargamente. El verbo «lloró» describe un llanto triste, como el de alguien que llora la pérdida de un ser querido. Estaba desconsolado por su fracaso.

El evangelista D. L. Moody dijo una vez: «El carácter es lo que un hombre es en la oscuridad». ¿Qué utiliza Dios en nuestras vidas para poner a prueba, revelar y refinar nuestro carácter?

El objetivo de Dios: un corazón quebrantado y contrito

Este testimonio de Lucas enfatiza el arrepentimiento y el quebrantamiento de Pedro más que su fracaso. ¡Qué rápido se volvió! Puede que nunca hayamos negado a Jesús abiertamente como lo hizo Pedro, pero estoy seguro de que, en algún momento, lo hemos rechazado con nuestras acciones. Este pasaje tiene como objetivo mostrar la misericordia y el perdón completo de Dios. Dios a menudo nos permite pasar por el dolor porque el dolor es un gran maestro. Por lo general, cuando nuestro sufrimiento nos lleva al fondo y rompe nuestro orgullo e independencia, llegamos a un punto en el que buscamos al Salvador.

Los sacrificios de Dios son un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás (Salmo 51:17).

Pedro se quebrantó en su voluntad obstinada y orgullosa. El lugar de nuestro quebrantamiento es donde Dios puede intervenir para salvarnos y sanarnos. La escuela de formación de Dios va más allá de la facultad de teología y el conocimiento intelectual. Su formación a menudo implica quebrantamiento y un corazón contrito. Durante los últimos cuarenta y cinco años que he seguido a Jesús, he aprendido que Dios utiliza nuestras experiencias de vida como una escuela para enseñarnos y prepararnos para la eternidad. Él moldea y forma nuestro carácter a través de las situaciones cotidianas. Algunas situaciones pueden ser muy difíciles, como la muerte de un familiar, una necesidad económica o un hijo impaciente. La lista es interminable.

El Señor juzgará [por y en nombre de] su pueblo y tendrá compasión de sus siervos cuando vea que sus fuerzas se han agotado y no queda nadie, ni esclavo ni libre (Deuteronomio 32:36).

Aunque tenemos los recursos adecuados para librar nuestras propias batallas, el Señor nos permite continuar hasta que llegamos a un punto de quebrantamiento y al fin de nosotros mismos. El

Espíritu Santo nos llevará a un punto en el que nos encontraremos sin ayuda, sin fuerzas para lograr lo que hay que hacer, sin un plan de respaldo y solo con Dios a quien recurrir en busca de ayuda. Es entonces cuando Dios interviene para librar nuestras batallas en nuestro nombre. Cuando somos débiles, somos fuertes en Él (1 Corintios 1:27-29). Para cada uno de nosotros, cuando llega el momento adecuado y el proceso de Dios de quebrantarnos ha terminado, Él nos muestra compasión. Es decir, cuando ve que nuestras fuerzas se han agotado y que no nos queda ningún plan alternativo, encontramos la liberación completa y dependemos de Dios.

En el capítulo 18 del libro de Jeremías, el profeta fue llevado a la casa del alfarero y vio al alfarero dando forma a una vasija de barro. Estaba deformada y carecía de la belleza o la forma adecuada para ser útil. El alfarero la retiró del torno y comenzó de nuevo con el barro blando para darle la forma que quería crear. La lección que Dios estaba enseñando a Jeremías, a Pedro y a nosotros es que, a través del quebrantamiento, Dios nos remodelará a cada uno de nosotros. Todo lo que Él necesita es un corazón quebrantado y contrito.

¿Quebrantamiento? ¿Qué es eso?

El quebrantamiento refleja la obra de Dios en la vida de una persona, llevándola a rendirse y a confiar plenamente en el cuidado del Padre. John Collinson, un vicario inglés, lo expresa de esta manera:

Quando hacer la voluntad de Dios significa que ni siquiera mis hermanos cristianos me entenderán, y recuerdo que ni siquiera sus hermanos lo entendieron ni creyeron en él, inclino la cabeza para obedecer y aceptar el malentendido; esto es quebrantamiento. Cuando me malinterpretan o me tergiversan deliberadamente, y recuerdo que Jesús fue acusado falsamente, pero mantuvo la paz. Acepto la acusación sin intentar justificarme; esa es la naturaleza del quebrantamiento. Cuando se elige a otro antes que a mí y se me ignora deliberadamente, recuerdo que gritaron: «¡Fuera con este hombre y liberadnos a Barrabás!»». Inclino la cabeza y acepto el rechazo; eso es quebrantamiento.

Quando mis planes se dejan de lado y veo años de trabajo reducidos a ruinas por las ambiciones de otros, recuerdo que Jesús permitió que lo llevaran para crucificarlo. Él aceptó esa posición de fracaso, y yo inclino la cabeza y acepto la injusticia sin amargura; eso es quebrantamiento. Cuando es necesario estar bien con mi Dios, debo tomar el humilde camino de la confesión y la restitución. Recuerdo que Jesús se despojó de su reputación y se humilló hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz, y inclino la cabeza, dispuesto a soportar la vergüenza de la exposición; eso es quebrantamiento. Cuando otros me explotan injustamente por ser cristiano y tratan mis pertenencias como propiedad pública, recuerdo que lo despojaron y repartieron sus vestiduras, echando suertes, e inclino la cabeza, aceptando con alegría la pérdida de mis posesiones por su causa; eso es quebrantamiento.

Quando alguien actúa hacia mí de una manera imperdonable, y recuerdo cuando Él fue crucificado, recuerdo que Él oró: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Inclino mi cabeza y acepto todo comportamiento dirigido hacia mí como permitido por mi Padre celestial; esto es quebrantamiento. Cuando la gente espera de mí lo imposible, más

de lo que el tiempo y la fuerza humana pueden dar, recuerdo que Jesús dijo: «Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros», y me arrepiento de mi autoindulgencia y mi falta de entrega a los demás; esto es quebrantamiento.

¿Qué crees que Dios te está enseñando a través de tus experiencias de vida en este momento?
¿Sabes ya cuáles son las lecciones?

La restauración de Pedro

Después de la resurrección, el Señor dijo a los discípulos que se reuniría con ellos en Galilea (Mateo 28:10). Así que, durante los días siguientes, emprendieron un viaje de ochenta millas hacia el norte, a la región de Galilea, en Israel. Imagina los sentimientos de Pedro mientras esperaba con ilusión este encuentro con Cristo. El discípulo, con el corazón destrozado, debía de estar luchando con su negación de Jesús. Quizás se sentía indigno de estar en compañía de los demás discípulos. El Señor comprendió el corazón triste de Pedro y se aseguró de que recibiera la invitación. Cuando los ángeles aparecieron ante las mujeres en la tumba vacía después de la resurrección, señalaron a Pedro y le dijeron:

Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que él os precede en Galilea. Allí le veréis, tal como os dijo (Marcos 16:7; énfasis añadido).

Todos tememos la confrontación. Algo debe estar mal en una persona si disfruta enfrentarse a un pecado o un error. Sin embargo, la confrontación puede ser una de las cosas más amorosas que una persona puede hacer o que le hagan. El Señor le dijo a María Magdalena que le dijera a Pedro que lo vería en Galilea, lo que debió ponerlo un poco nervioso por la confrontación que anticipaba. Todos hemos tenido momentos en los que nos hemos enfrentado a nuestros fracasos. El enemigo de nuestras almas quiere hacernos creer que estamos acabados y que no somos dignos, lo que obstaculiza nuestro crecimiento y nuestra eficacia.

Satanás sabe lo que sucederá cuando nos levantemos, habiendo aprendido más sobre la gracia de Dios y nuestra necesidad de confiar y apoyarnos en Cristo. Nuestra gratitud se profundiza y nuestros fracasos nos hacen más fuertes. Desarrollamos más humildad en nuestros corazones y una mayor confianza en el Señor. La forma en que manejamos nuestros fracasos dará forma a nuestro camino hacia adelante. Estamos destinados a fracasar para seguir adelante y continuar caminando en esta senda de fe en Dios. En Galilea, mientras esperaban a Jesús, Pedro sintió la necesidad de volver a lo que hacía en su juventud.

«Voy a pescar», les dijo Simón Pedro, y ellos respondieron: «Iremos contigo». Así que salieron y se subieron a la barca, pero esa noche no pescaron nada (Juan 21:3).

Juan nos dice que era temprano por la mañana cuando Jesús los llamó desde la orilla, preguntándoles de manera negativa, casi como si supiera que no tenían pescado: «Les dijo: “Amigos, ¿no tienen pescado?” “No”, respondieron» (Juan 21:5). Algunas personas dicen que nunca se puede confiar en que un pescador diga la verdad. ¡Espero que este antiguo pescador comercial haya roto ese estereotipo! Cuando un pescador está pescando, nunca te lo dirá porque no quiere que veas dónde está pescando, por miedo a que al día siguiente tú también vayas a ese

lugar. Si no están pescando nada, tampoco lo admitirán, ya que es una vergüenza para un pescador no pescar nada. Los pescadores suelen exagerar la historia del que se les escapó, pero los discípulos fueron sinceros con Jesús esa mañana y le dijeron que no habían pescado nada. La vida puede ser infructuosa a menos que el Señor esté en la barca o nos indique dónde echar la red.

Aunque aún no habían reconocido que era el Señor, se dieron cuenta cuando les dijo que lo intentaran en el lado derecho de la barca. De repente, pescaron tantos peces que les costó trabajo sacar la red. Inmediatamente, sus mentes se remontaron a unos tres años antes, cuando Jesús les había dicho que se adentraran en aguas profundas y volvieran a echar las redes para pescar (Lucas 5:4-11). Una vez más, Él mostró Su autoridad sobre la naturaleza y les proporcionó una pesca milagrosa. Cuando vieron este milagro suceder de nuevo ante sus ojos, comprendieron que era el Señor quien estaba en la orilla. Juan fue el primero en darse cuenta de quién estaba en la orilla y dio instrucciones, diciendo: «Es el Señor» (Juan 21:7).

Al oír las palabras de Juan, Pedro se envolvió en su manto y nadó hacia Jesús. Pedro había negado públicamente a Jesús, y ahora se recuperaba ante los demás.

¹⁵Cuando terminaron de comer, Jesús le dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». «Sí, Señor», respondió él, «tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos». (¹⁶ De nuevo Jesús le dijo: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Cuida de mis ovejas». (¹⁷ Por tercera vez le dijo: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?») Pedro se entristeció porque Jesús le preguntó por tercera vez: «¿Me amas?» Él respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas (Juan 21:15-17).

Jesús le preguntó a Pedro con amor: «¿Me amas más que a estos?» (v. 15). La mayoría de los eruditos bíblicos presentan dos posibilidades distintas con respecto a lo que se refiere la palabra «estos». El Señor podría haberse referido a los otros discípulos con quienes disfrutaba de una comunión tan estrecha, o también podría haberse referido a las redes, los barcos y los peces con los que Pedro había pasado la mayor parte de su vida ganándose el sustento. Quizás Pedro se preguntaba si había terminado como ministro de Cristo, pensando que no era apto para servir a Dios debido a su triple negación. Sin embargo, con el Señor, el quebrantamiento es parte del entrenamiento. Jesús no le hizo ninguna crítica severa, sino que le hizo la única pregunta que importaba: «¿Me amas?».

Hay muchas cosas que Pedro podría haber esperado que Jesús le dijera, pero no creo que anticipara que le preguntara por su amor a Cristo. Cuando Jesús le preguntó a Pedro por primera vez, le preguntó si amaba a Cristo con amor ágape. Pedro respondió que amaba a Cristo con un amor afectuoso, evitando la palabra griega ágape, que significa sacrificio de uno mismo. Ya no estaba seguro de sí mismo y reconoció que su amor era insuficiente para ser descrito como amor ágape en comparación con el tierno amor ágape del Señor. Por cada una de las tres negaciones, el Señor le preguntó tres veces si lo amaba. ¿Me amas? Esta pregunta captura la esencia de todo el ministerio que el pueblo de Dios realiza en Su Nombre, ya sea motivado por un amor personal y duradero por Cristo.

La restauración de Pedro fue completa, con los otros discípulos presentes para presenciarla. Esta reinstauración era necesaria porque Pedro fue llamado a alimentar y cuidar del rebaño de Dios, y necesitaba el respeto, la comunión y el apoyo de los otros discípulos. El Señor preparó el escenario con un fuego de carbón similar al que rodeaba a Pedro cuando negó a su Señor. Hubo tres confesiones de amor para abordar las tres negaciones de Pedro, seguidas de tres encargos del Señor. Debemos comprender que el amor de Cristo por Pedro era tan fuerte como antes de su negación. No se nos ama menos por nuestros fracasos. Lo importante es centrarnos en el amor y volver al Señor cada vez. Rebotamos en la gracia del Señor Jesús y en el llamado de Dios para tu vida. Pedro respondió al llamado de Dios para su vida y finalmente fue martirizado por su fe.

Oración: Padre, recordamos al gran hombre de Dios en que se convirtió Pedro a través de sus pruebas y cómo Tú lo usaste ampliamente, a pesar de sus defectos. ¿Continuarías obrando en cada uno de nosotros y moldeándonos como arcilla, para que podamos ser más como Tú y cumplir las cosas que has preparado para nosotros?

Keith Thomas

Sitio web: www.groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com